



¿Por qué no me enseñaste a pensar?

Licda. Zita Ma. Arenas
(SERCAP), Guatemala

Me impresionó, hace un tiempo, un sonorama de Helder Cámara, "Sinfonía de dos mundos", en el que la Naturaleza juzga al hombre: "Hombre, hermano mío, la creación toda entera te contempla ... y se interroga: ... la creación toda entera te contempla y te juzga... el balance del año 2000 es terrible... ¿Será la herencia que tú le dejes?"

Pensando en este reclamo, en esta especie de juicio, vino a mi mente otro reclamo, no de menor envergadura que el anterior: Es el reclamo de la sociedad, de cada individuo, a la escuela: ¿Por qué no me enseñaste a pensar?

Hablamos de preciosas teorías, impulsamos proyectos novedosos, nos llenamos la boca al ponderar nuestras instituciones pensando que son el "non plus ultra" y la maravilla de las maravillas. Nos gloriamos de nuestras estructuras físicas, de nuestras magníficas instalaciones, de nuestros Proyectos Educativos tan bien definidos y jugamos a la teoría bien formulada.

Pero no siempre vivimos en lo cotidiano, en el "cada día" esa teoría que predicamos, que formulamos, que escribimos, que proclamamos. Nuestro objetivo: "formar personas con pensamiento propio, con sentido crítico..." Nuestros alumnos: repetidores de un sistema, de teorías no comprendidas, de fórmulas no entendidas y aplicadas mecánicamente... Alumnos sin un pensamiento propio, sin un criterio personal, en los que campea la indefinición, la falta de compromiso. Nuestras evaluaciones impulsan cada vez más al almacenamiento de información que no siempre se comprende, que se repite, que se desvincula de la vida, que no sirve para el futuro.

Permite, querido docente, que hoy pueda cuestionarte con las palabras con que la naturaleza cuestionaba al hombre: "Maestro, hermano mío", la sociedad entera te contempla, todas esas generaciones que han pasado en el transcurso de los años por tus aulas... "Maestro, hermano mío", la sociedad entera te contempla y se interroga: ¿Por qué no me enseñaste a pensar?

Desde que llegué a la escuela y comenzaste a enseñarme unos signos inertes cuyos nombres memoricé y que no coincidían con lo que yo escuchaba, y que aprendí mecánicamente, empecé a cimentar mi casa sobre bases débiles.

"Maestro, hermano mío", cuánto tiempo pasé leyendo en voz alta sin enterarme de lo que las palabras y mi voz decían, no aprendí a disfrutar de lo que me contaban mis amigos, los que escribieron los libros, ni a expresar mis pensamientos y sentimientos cuando me invitabas a escribir; era el pensamiento de otros el que yo escribía, el que yo copiaba... "Maestro, hermano mío", ¿por qué no me enseñaste a pensar?

¿Quién va a ganar? ¿Podremos visualizar un mañana más halagüeño donde se nos acompañe en el proceso de pensar por nosotros mismos? ¿Podremos aprender a leer comprendiendo, a escribir creando, a aplicar lo que vamos metiendo en nuestra mochila de estudiantes?

Te invito, "Maestro, hermano mío", no obstante la noche, a descubrir signos de esperanza dentro de ti mismo, en los niños y jóvenes que te rodean, en las nuevas generaciones que se acercan.

Hace falta gente que piense, que interroge, que cuestione, que discuta, que contraste, que razone las respuestas, que sea autónomamente fiel, por convicción, no por imposición, fiel a su momento histórico, fiel a su papel, irremplazable, en la historia, fiel a su aporte singular, diferente, único, valioso. ■